

JULIO VERNE

**LOS AMOTINADOS
DEL BOUNTY**



El motín de la *Bounty* es el hecho más novelesco en la historia de la navegación: una tripulación hechizada por la belleza y la dulzura de las islas polinésicas, un motín abordado; el capitán Bligt, abandonado con dieciocho hombres en un pequeño bote, se enfrenta victoriosamente a los salvajes, las tormentas y el hambre, mientras que los amotinados, vagando por el Pacífico, cumplen destinos trágicos y extraños. Julio Verne lleva el lector una vez más a lugares inexplorados.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012
en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por **Bernhard Krauth** de la Sociedad Alemana Jules Verne que ha contribuido con las imágenes originales Hetzel que se reproducen en este libro.

La narración verniana de un episodio histórico

Prólogo a la traducción española de «Los amotinados del Bounty»

Uno de los motines más célebres de la historia de la marina real británica fue el del *Bounty*, cuyo nombre completo era *HMAV Bounty* (*HMAV: His Majesty's Armed Vessel*). El barco había sido construido a finales del siglo XVIII y luego adquirido en 1787 por la armada británica con el fin de transportar frutos del pan desde Tahití hasta el Caribe, frutos que debían constituir un alimento barato para los esclavos que trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar.

Verne recrea bajo su pluma la historia del motín y publica el cuento en 1879 junto a *Los quinientos millones de la Begún* en uno de los volúmenes de Hetzel de la célebre colección *Viajes extraordinarios*. Comienza a contar su historia en la mañana de la revuelta, el 28 de abril de 1789. En el primer capítulo se narra la toma del navío por los amotinados, que se ejecutó de forma rápida y sin derramamientos de sangre. Los otros dos capítulos los dedica a recrear lo acontecido después del motín. Uno cuenta las peripecias

en alta mar del capitán William Bligh, abandonado a su suerte por los amotinados, con un número de miembros de su tripulación y cómo este logra recorrer en menos de cincuenta días la distancia que lo separa del continente. El último lo dedica a reseñar la situación general después de varios años de la colonia de Pitcairn fundada por Christian Fletcher, segundo a bordo y líder de la rebelión, luego de llegar a las costas de la isla con un puñado de ingleses y tahitianos.

Si bien Verne, en forma de ficción, hace una reseña bastante exacta del amotinamiento hay que significar que se tomó algunas libertades con los hechos, inventando el personaje de Bob, y ubicando entre los amotinados a hombres que en realidad estaban en la chalupa junto a Bligh. Verne tampoco comenta nada acerca de los acontecimientos que le precedieron. Hubiera sido interesante, por ejemplo, haber puesto en perspectiva que el barco que zarpó el 23 de diciembre de 1787 desde Spithead en Inglaterra, bajo el mando del capitán William Bligh había encontrado, en su travesía, una tempestad que le impidió avanzar, de manera que decidió tomar la ruta alternativa hacia el este por el sur de África, atravesando el Cabo de Buena Esperanza y pasando por el océano Índico, en lugar de la ruta indicada de viajar por el sur de América, rodeando el Cabo de Hornos. El *Bounty* había llegado a Tahití el 26 de octubre de 1788, después de diez meses de navegación, y varios meses más tarde de lo previsto. Debido al retraso de la llegada, Bligh y sus hombres tuvieron que permanecer cinco meses en la isla, al no ser ya la época en la que podían trasplantarse los brotes del fruto del pan. La tripulación comenzó a habituarse a las costumbres de los nativos y a olvidarse de su condición de marineros ingleses. Muchos de ellos establecieron relaciones con tahitianas. Fletcher Christian, líder de la rebelión, se casó incluso con una de ellas. Finalmente pudieron recogerse los brotes del fruto del pan y, muy a pesar de una parte de la tripulación, el *Bounty* zarpó rumbo al Cari-

be el 4 de abril de 1789. Fue entonces cuando, veinticuatro días después, se produce el motín a bordo de la embarcación. De los cuarenta y dos hombres que constituían la tripulación, veintidós de ellos se unieron a Christian, mientras que dieciocho se mantuvieron leales a Bligh y dos resultaron imparciales. Los amotinados embarcaron al capitán, junto con dieciocho marineros leales, en un bote y los otros trece marineros leales al capitán tuvieron que permanecer a bordo del *Bounty* por falta de espacio en el bote.

El texto original es obra de Gabriel Marcel (1843-1909), geógrafo de la Biblioteca Nacional de Francia, quien había colaborado con Verne para publicar *Los grandes navegantes del siglo XVIII*, un trabajo de vulgarización científica aparecido un año antes. Jules Verne se leyó el manuscrito que Marcel había escrito y adquirió sus derechos por 300 francos. Luego lo revisó y modificó para dar lugar al cuento que se conoce.

Es necesario significar que «Los amotinados del Bounty» ha sido publicado con anterioridad en castellano, pero ha adolecido de traducciones completas y fieles. Se publica aquí una nueva traducción, que restablece los pasajes eliminados en anteriores traducciones y corrige los errores cometidos. El texto viene acompañado además de las excelentes ilustraciones originales de Drée.

Ariel Pérez Rodríguez

Los amotinados del *Bounty*

Jules Verne

Los amotinados del *Bounty*^[1]

Traducción al castellano: Ariel Pérez Rodríguez

Creemos necesario advertir a nuestros lectores que esta narración no es una ficción. Todos los detalles han sido tomados de los anales marítimos de la Gran Bretaña. En algunas ocasiones, la realidad nos proporciona hechos tan novelescos que ni la propia imaginación podría añadir más.

I

El abandono

Ni el menor soplo de aire, ni una onda en la superficie del mar, ni una nube en el cielo. Las espléndidas constelaciones del hemisferio austral se destacan con una pureza incomparable. Las velas del *Bounty* cuelgan a lo largo de los mástiles, el barco está inmóvil y la luz de la Luna, que se va perdiendo ante las primeras claridades del alba, ilumina el espacio con un fulgor indefinible.

El *Bounty*, velero de doscientas quince toneladas con una tripulación compuesto por cuarenta y seis hombres, había zarpado de Spithead, el 23 de diciembre de 1787, bajo las órdenes del capitán Bligh, un rudo pero experimentado marinero que había acompañado al capitán Cook en su último viaje de exploración.

La misión especial del *Bounty* consistía en transportar a las Antillas el árbol del pan, que tan profusamente crece en el archipiélago de Tahití. Después de una escala de seis meses en la bahía de Matavai, William Bligh, luego de haber cargado el barco con un millar de estos árboles, zarpó con rumbo a las Indias occidentales, tras una corta estancia en las islas de los Amigos.

Muchas veces, el carácter receloso y violento del capitán había ocasionado más de un incidente desagradable entre algunos de los oficiales y él. Sin embargo, la tranquili-

dad que reinaba a bordo del *Bounty*, al salir el sol, el 28 de abril de 1789, no parecía presagiar los graves sucesos que iban a ocurrir. Todo parecía en calma cuando de repente una insólita animación se propaga por todo el navío. Algunos marineros se acercan, intercambian dos o tres palabras en baja voz y luego desaparecen sigilosamente.

¿Es el relevo de la guardia de la mañana? ¿Algún accidente imprevisto se ha producido a bordo?

—Sobre todo no hagan ruido, amigos míos —dijo Fletcher Christian, el segundo del *Bounty*—. Bob cargue su pistola, pero no tire si no le doy la orden. Usted, Churchill, tome su hacha y destruya la cerradura del camarote del capitán. Una última recomendación, ¡lo necesito vivo!

Seguido por una decena de marineros armados de sables, machetes y pistolas, Christian se dirigió al entrepunte, luego de haber dejado a dos centinelas custodiando los camarotes de Stewart y Peter Heywood, el contramaestre y el guardiamarina del *Bounty*. Se detuvo ante la puerta del camarote del capitán.

—Adelante, muchachos —dijo—, ¡derríbenla con los hombros!

La puerta cedió bajo una vigorosa presión y los marineros se precipitaron al camarote.

Sorprendidos primero por la oscuridad y luego, quizá al reflexionar sobre la gravedad de sus actos, tuvieron un momento de vacilación.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¿Quién se atreve a...? —exclamó el capitán mientras se bajaba de su catre.

—¡Silencio, Bligh! —contestó Churchill. ¡Silencio y no intentes resistirte, o te amordazo!

—Es inútil vestirse —agregó Bob—. De todos modos, tendrás buen aspecto cuando te colguemos del palo de mesana.

—Átele las manos por detrás de su espalda, Churchill —dijo Christian—, y súbalo a cubierta.

—Los capitanes más terribles se convierten en poco peligrosos una vez que uno sabe cómo tratarlos —observó John Smith, el filósofo del grupo.

Entonces el grupo, sin preocuparse de despertar a los marineros de la última guardia, aún dormidos, subió por la escalera y reapareció sobre el puente.

Era un motín con todas las de la ley. Solo uno de los oficiales de a bordo, Young, un guardiamarina, había hecho causa común con los amotinados.

En cuanto a los hombres de la tripulación, los vacilantes habían cedido por el momento, mientras que los otros, sin armas y sin jefe, permanecían como espectadores del drama que iba a tener lugar ante sus ojos.

Todos estaban en el puente, formados en silencio. Observaban el aplomo de su capitán que, medio desnudo, avanzaba con la cabeza en alto en medio de aquellos hombres acostumbrados a temblar en su presencia.

—Bligh —dijo Christian, con tono áspero—, queda destituido de su mando.

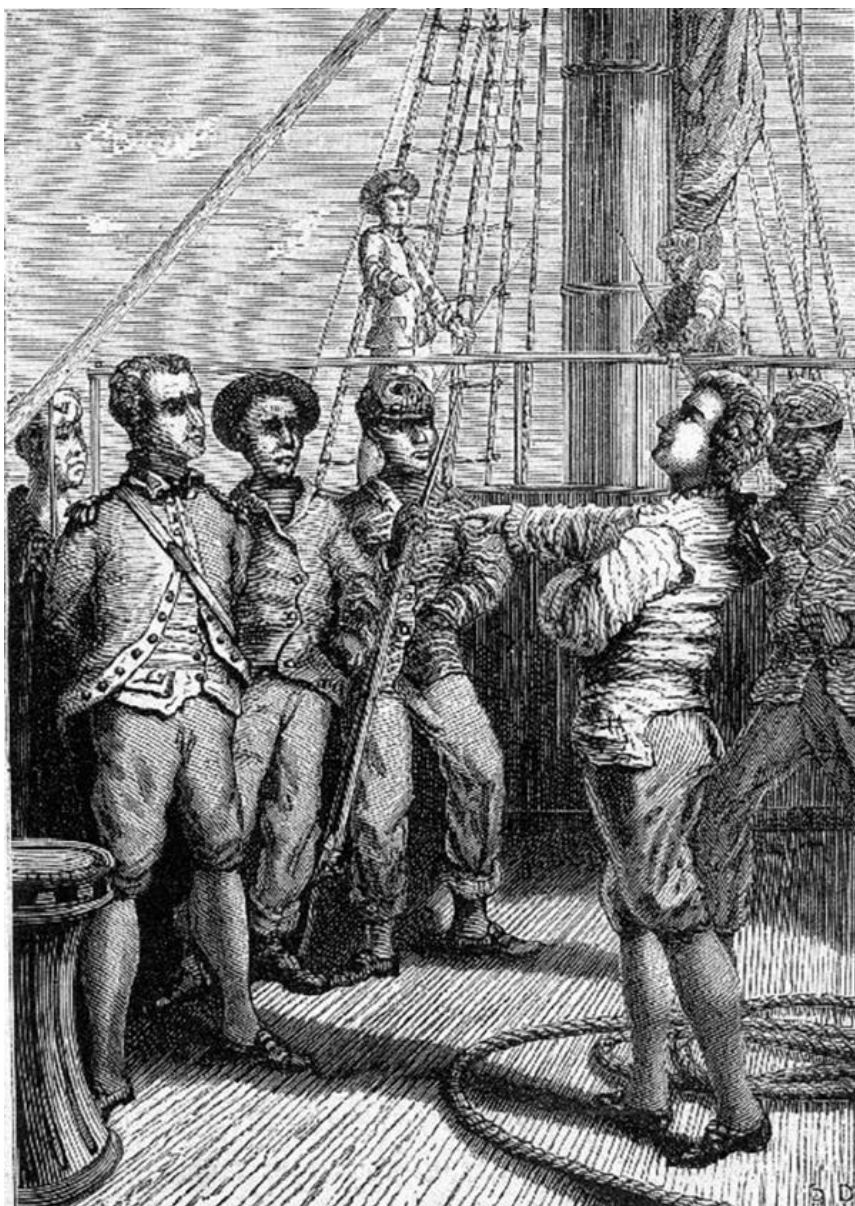
—No reconozco su derecho... —contestó el capitán.

—No perdamos el tiempo en protestas inútiles —exclamó Christian interrumpiendo a Bligh. Represento, en este momento, la voz de toda la tripulación del *Bounty*. Apenas habíamos zarpado de Inglaterra, cuando ya tuvimos quejas por sus insultantes sospechas y procedimientos brutales. Cuando digo nosotros, me refiero tanto a los oficiales como a los marineros. No solo nunca pudimos obtener la satisfacción que se nos debía, sino que siempre rechazaba nuestras quejas con desprecio. ¿Somos acaso perros que se injurian en todo momento? ¡Canallas, bandidos, mentirosos, ladrones! No había expresión e insulto lo suficientemente groseros que no nos dirigiese. En realidad, sería necesario no ser un hombre para soportar tal tipo de vida. Y yo que soy su compatriota, que conozco a su familia, que he navegado dos veces bajo sus órdenes, ¿me ha respetado? ¿No me acusó ayer nuevamente de haberle robado unas misera-

bles frutas? ¡Y los hombres! Por una pequeñez, a los grilletes. Por una nimiedad, veinticuatro azotes. Pues bien, todo se paga en este mundo. Ha sido muy liberal con nosotros, Bligh. Ahora es nuestro turno. Expiará rigurosamente todas sus injurias, injusticias, dementes acusaciones y torturas morales y físicas con las que ha agobiado a su tripulación desde hace año y medio. Capitán, ha sido juzgado por aquellos a los que ha ofendido y ha sido condenado. ¿No es así, camaradas?

—¡Sí, sí, que muera! —exclamó la mayoría de los marinos, amenazando a su capitán.

—Capitán Bligh —continuó Christian—, algunos me han hablado de colgarlo del extremo de una cuerda entre el cielo y el agua. Otros propusieron desgarrarle los hombros con el gato de las nueve colas^[2], hasta que sobreviniera la muerte. Les faltó imaginación. Encontré algo mejor. Además, no ha sido usted el único culpable aquí. Aquellos que siempre han ejecutado sus órdenes fielmente, por crueles que fuesen, se sentirían desesperados si estuviesen bajo mi mando. Merecen, por tanto, acompañarlo allá donde el viento los lleve. ¡Que traigan la chalupa!



Un murmullo de desaprobación acogió las últimas palabras de Christian, que no pareció preocuparse. El capitán Bligh, al cual estas amenazas no llegaron a perturbar, se aprovechó de un momento de silencio para tomar la palabra.

—Oficiales y marineros —dijo con voz firme—, en mi calidad de oficial de la Marina real y capitán del *Bounty*, protesto contra el tratamiento que se me quiere dar. Si desean quejarse sobre la manera en que he ejercido mi mandato, pueden juzgarme en una corte marcial. No han pensado, probablemente, en la gravedad del acto que van a cometer. Atentar contra su capitán es rebelarse contra las leyes existentes, imposibilitar su regreso a la patria y ser considerados piratas. Más tarde o más temprano les sobrevendrá la muerte ignominiosa, esa que se le depara a los traidores y rebeldes. En el nombre del honor y la obediencia que me juraron, les pido que cumplan su deber.

—Sabemos perfectamente a lo que nos exponemos —respondió Churchill.

—¡Suficiente! ¡Suficiente! —gritaron a coro los hombres de la tripulación, preparándose para pasar de las palabras a los hechos.

—Bien —dijo Bligh—, si necesitan una víctima, que sea yo, pero yo solamente. Aquellos de mis compañeros que condenan como a mí solo ejecutaron mis órdenes.

La voz del capitán fue ahogada por un concierto de vociferaciones. Tuvo que renunciar a la idea de conmover a estos corazones ahora despiadados.

Mientras, se habían tomado todas las medidas necesarias para que las órdenes de Christian fuesen ejecutadas.

Sin embargo, un intenso debate había surgido entre el segundo a bordo y algunos de los amotinados que querían abandonar en el mar al capitán Bligh y a sus compañeros sin darles un arma y sin apenas dejarles una onza de pan.

Algunos —y esta era la opinión de Churchill— manifestaron que el número de los que tenían que abandonar la nave no era lo suficientemente considerable. Era necesario deshacerse también de aquellos hombres que al no haber intervenido directamente en la rebelión, no estaban seguros de su posición. No se podía contar con aquellos que se contentaban con aceptar los hechos consumados. En cuan-

to a él, aún sentía en su espalda los dolores provocados por los azotes recibidos al haber desertado en Tahití. Lo mejor y la manera más rápida de curar, sería entregándole al capitán... Sabría, de esta forma, cómo tomar venganza por su propia mano.

—¡Hayward! ¡Hallett! —gritó Christian, dirigiéndose a dos de los oficiales, sin tener en cuenta las observaciones de Churchill—, desciendan a la chalupa.

—¿Qué le hice, Christian, para que me trate así? —dijo Hayward. Me envía a la muerte.

—Las recriminaciones son inútiles. Obedezca, o si no... Fryer, embarque usted también.

Pero estos oficiales, en lugar de dirigirse hacia la chalupa, se acercaron al capitán Bligh. Y Fryer que parecía ser el más determinado se dirigió hacia él diciéndole:

—Capitán, ¿quiere usted intentar retomar el barco? No tenemos armas, es cierto, pero estos amotinados sorprendidos no podrán resistir. Si algunos de nosotros resulta muerto, eso no importa. Se puede intentar. ¿Qué le parece?

Ya los oficiales tomaban sus disposiciones para lanzarse contra los amotinados, ocupados en desengachar las chalupas, cuando Churchill, a quien esta conversación, por rápida que fuera, no se le había escapado, los rodeó con varios hombres bien armados y los obligó a embarcar.

—Millward, Muspratt, Birket, y ustedes —dijo Christian dirigiéndose a algunos de los marineros que no habían tomado parte en el motín—, vayan al entrepuente y escojan lo que consideren más útil. Acompañen al capitán Bligh. Tú, Morrison, vigila a estos tunantes. Purcell, tome sus herramientas de carpintero. Permíto que se las lleve.

Dos mástiles con sus velas, algunos clavos, una sierra, un pedazo de vela de lona, cuatro pequeños envases que contenían unos ciento veinticinco litros de agua, ciento cincuenta libras de galleta, treinta y dos libras de carne de cerdo salada, seis botellas de vino, seis botellas de ron y la ca-